

P E T E R   S T A N F O R D

# PEREGRINOS

VIAJES LLENOS DE SIGNIFICADO

CRÍTICA

Peter Stanford

# Peregrinos

Viajes llenos de significado



Traducción castellana de  
Pedro Pacheco González

**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2024

*Peregrinos. Viajes llenos de significado*

Peter Stanford

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Pilgrimage: Journeys of Meaning*

© Peter Stanford, 2021

Publicado por acuerdo con Thames & Hudson Ltd, London

© de la traducción, Pedro Pacheco González, 2024

Frontispicio: Fragmento de un itinerario ilustrado de Londres a Jerusalén, de Matthew Paris, 1250-59

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-625-5

Depósito legal: B. 2.493-2024

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

*Printed in Spain* - Impreso en España



## Santiago de Compostela

### *El Camino de Santiago*

El Camino de Santiago no es ni una competición de velocidad ni una carrera. Es una ruta de hermandad y universalidad.

Inscripción que se encuentra en la iglesia de Triacastela,  
en pleno Camino de Santiago<sup>1</sup>

«Voy a dar un paseo muy largo.» Así es como el personaje de Martin Sheen, el amable oftalmólogo Tom Avery, justifica en *The Way*, la famosa película de 2010, su repentina decisión de seguir el trazado antiguo del Camino de Santiago, desde los Pirineos franceses hasta Santiago de Compostela, Galicia, en el noroeste de España. La auténtica razón de su peregrinación, sin embargo, es el dolor provocado por la muerte de su único hijo mientras realizaba ese mismo recorrido. Y luego están sus tres compañeros de viaje, a quienes conoce en su ruta de peregrinación. Los componentes de este peculiar trío están intentando huir de sus propios problemas, pero al mismo tiempo esperan que la experiencia les ayude a encontrar nuevas formas de afrontarlos cuando regresen a sus hogares: uno es un escritor que sufre un bloqueo creativo; otro, un holandés deseoso de perder peso para salvar su relación sentimental; y el tercero, un frágil espíritu libre que no es tan capaz de afrontar las dificultades como aparenta. Cada uno de ellos va a necesitar recorrer los más de ochocientos kilómetros que componen esta ruta para llegar a comprender

a los demás y a sí mismos, gracias, en parte, a la atmósfera tan alejada del mundo real que se respira en el Camino y al contacto constante con personas que buscan algo parecido, pero también gracias a las resonancias espirituales, algo erosionadas, que son un componente esencial de esta peregrinación.

El éxito comercial de la película tuvo mucho que ver con que su estreno se produjera el año en el que se batió el récord de peregrinos, nada menos que trescientos mil. En aquel momento fue todo un hito. Tal fue el resurgimiento del interés por esta ruta de peregrinación medieval que ya se hablaba de ella como uno de los grandes acontecimientos culturales europeos de los últimos años del siglo xx y los primeros del xxi.

Sin embargo, durante las primeras décadas del siglo xx el interés por Santiago se había reducido drásticamente, y lo mismo le ocurrió a la Galicia preindustrial y pesquera en general, que vio partir a más de un millón de gallegos y gallegas hacia las Américas en busca de una vida mejor. Después de su victoria en la guerra civil española de la década de 1930, el dictador Francisco Franco (nativo de Galicia) intentó reavivar el interés por el Camino de Santiago. Uno de los motivos era impulsar la economía local, pero su proyecto era mucho más amplio: también pretendía mantener viva la ideología fascista y, por tanto, su poder, valiéndose del nacionalismo español y de una parte del catolicismo más conservador. Sin embargo, tras su muerte, en 1975, y el regreso de la democracia y el pluralismo a España, ese factor se evaporó y Santiago volvió a caer en el olvido.

En 1986, el año en que la España posfranquista vivió un nuevo amanecer político con su ingreso en la Unión Europea, la Oficina del Peregrino de Santiago expidió unas 1.800 compostelas en todo el año. La compostela, que se sigue escribiendo en latín, es un certificado que se entrega a todo aquel que completa al menos los cien kilómetros finales de la ruta. Sin embargo, las nuevas inversiones de la Unión Europea se destinaron a modernizar las infraestructuras turísticas situadas a lo largo de toda la ruta, gracias tanto al entusiasmo de los españoles como a los es-

fuerzos de los franceses por reforzar el punto de inicio del trazado que ellos conocen como Camino Francés. El resultado fue que, a finales de la década de 1980, el Camino vivió un marcado resurgimiento gracias a la nueva generación de peregrinos que componían una mezcla fascinante. Eso es lo que captó tan bien la película *The Way*. Algunos de ellos podían decir que cumplían con el prerrequisito tradicional de ser católicos (el propio actor, Martin Sheen, es un devoto católico), aunque muchos consideraban que la iglesia en la que se habían educado era, por decirlo suavemente, irrelevante o incluso algo peor. Muchos más no tenían ningún vínculo formal con ninguna clase de religión organizada. Entonces, ¿qué los atraía?

Una parte de ese renacimiento se debía al hecho de que los caminantes (y los cada vez más numerosos ciclistas) se sentían atraídos por la milenaria historia del Camino. Esa también fue una época en la que los documentales realizados por una nueva generación de historiadores bendecidos con un don para dar vida al pasado contaban con grandes audiencias. Esa ruta a pie por el norte de España se convirtió en una actividad vacacional que ofrecía la oportunidad de conocer de primera mano la historia medieval. Pero ese resurgir también se vio alimentado por preocupaciones más profundas. Según la escritora Nancy Louise Frey, en el Camino pudo observar que «cuando los peregrinos empiezan a andar, su percepción del mundo empieza a cambiar, y es algo que se mantiene así durante todo el viaje: desarrollan un nuevo sentido del paso del tiempo, se agudizan sus sentidos y surge en ellos una nueva consciencia de sus cuerpos y del paisaje... Un joven alemán lo expresó de esta forma: “Cuando caminas, cada paso es un pensamiento. No puedes escapar de ti mismo”». <sup>2</sup>

Cuando ya piensan de esa forma, mientras recorren un sendero que cuenta con una larga historia y además es un lugar «donde el rezo ha sido aceptado», como dijo T. S. Eliot en «Little Gidding» (inspirado en el peregrinaje que realizó en 1936 a lo que había sido una comunidad religiosa del siglo XVII), a los cami-

nantes les cuesta separar lo espiritual de los elementos históricos, de la salud, del esfuerzo compartido con extraños y del espectacular paisaje.

Después se publicaron muchos relatos sobre esta «nueva era» del Camino en los que se describe cómo su propósito religioso original renació de algún modo en la nueva generación de caminantes y cómo cada uno de ellos entendía la espiritualidad de una forma diferente. En 1987, *El peregrino de Compostela: Diario de un mago*, una novela del escritor esotérico brasileño Paulo Coelho, líder en ventas en todo el mundo, dio el pistoletazo de salida. Tomando como punto de partida su propia peregrinación a Compostela, Coelho consiguió darle un nuevo aire para su público *new age*.

Este impulso se aceleró todavía más en 1993, fecha elegida para conmemorar el milésimo aniversario del redescubrimiento de la tumba de Santiago, cuando la ruta fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. La consecuencia fue que los albergues y los senderos sufrieron una profunda remodelación. Se señaló el recorrido con flechas amarillas y con el antiguo símbolo de los peregrinos, la concha de vieira. El número anual de caminantes que recorrían el Camino siguió aumentando, al igual que el número de relatos populares que contribuyeron a engrandecer su atractivo. En su libro autobiográfico, publicado en el año 2000 y titulado *El Camino: Un viaje espiritual*, Shirley MacLaine, actriz estadounidense galardonada con un Oscar y gurú de la Nueva Era, describió su estancia en España no como una peregrinación religiosa, sino como «una experiencia mitológica y creativa». Escribió que, básicamente, fue «una meditación a pie» a lo largo de las líneas ley que, según ella, seguía la ruta y transmitían la energía espiritual de la Tierra. Para MacLaine, el viaje fue una oportunidad para «retroceder en el tiempo hasta un lugar en el que comenzaron las experiencias que nos hicieron ser, a mí y al conjunto de la raza humana, lo que somos en la actualidad», y concluyó diciendo que su peregrinación «puso fin a una gran parte de su vida e inició una nueva».

Es toda una recomendación. También tuvo una gran acogida la historia del antes y el después de la peregrinación que narró en 2006 el conocido cómico y actor alemán, Hape Kerkeling. Educado como católico, dio la espalda a la religión institucional y se convirtió en uno de sus críticos más feroces. En *Bueno, me largo: El Camino de Santiago, el camino más importante de mi vida*, que vendió tres millones de ejemplares en su país natal y se ha traducido a diversos idiomas, inicia la marcha ridiculizando al resto de los peregrinos que se va encontrando en la ruta. Pero, al tiempo que las suelas de sus zapatos se desgastan, la narración se convierte en un relato de cómo entra nuevamente en conexión con un Dios personal, ajeno al catolicismo oficial.

Desde que se estrenó *The Way*, en 2010, la popularidad del Camino no ha dejado de crecer. En 2018 llegaron a Santiago 327.378 peregrinos.<sup>3</sup> Cuando estos solicitan la compostela en la Oficina del Peregrino, se les pregunta por el motivo de su peregrinación. Solo el 43% de los peregrinos actuales responde «religioso». El 9% reconoce que su motivación es «cultural». El resto alude a un batiburrillo de motivos, más vagos y generales, que suelen tener que ver con la religión, la cultura, la historia e incluso la salud.<sup>4</sup> Esto demuestra cuán diversas son las personas que recorren el Camino. Otra prueba más es la edad de aquellos que recorren al menos los últimos cien kilómetros de la ruta: el 55% tiene entre treinta y sesenta años, el 27% es menor de treinta (un grupo de edad desproporcionadamente propenso, en nuestros tiempos seculares y escépticos, a alejarse de todo lo religioso) y el 18% tiene más de sesenta años.<sup>5</sup> Parece ser, pues, que la gran virtud del Camino es que es lo suficientemente grande, extenso y flexible como para dar cabida a todo el mundo.

Puede que siempre haya sido así. Se ha dicho que, en la Edad Media, el Camino era «la ruta más transitada de toda la cristiandad».<sup>6</sup> Se calcula que, en esa época, cada año recorrían el Camino medio millón de personas, ataviados con la vestimenta característica de los peregrinos de la época, una larga capa con esclavina y un sombrero de ala ancha vuelto hacia arriba en su parte delante-

ra y unido a un pañuelo en su parte trasera que enrollaban alrededor del cuerpo para que se mantuviera en su sitio. También portaban un zurrón o bolsa de cuero colgado de la cintura en la que llevaban el dinero y otras posesiones esenciales, y un bastón de madera (bordón) con punta de metal que les era de gran ayuda en los terrenos irregulares y al que recurrían para ahuyentar a los animales depredadores con los que se cruzaban (los lobos encabezaban la lista de los que había que evitar). Pero no todos los peregrinos eran auténticos creyentes. Entonces, como ahora, llegaban desde tierras lejanas, no solo desde todos los rincones de la península ibérica. Una de esas peregrinas fue la comadre de Bath, tejedora y mujer de negocios que, según nos cuenta el prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, además de a Santiago, también peregrinó a Jerusalén, Roma y Colonia (para ver la supuesta tumba de los Reyes Magos que visitaron al Niño Jesús).

Atravesó muchos ríos extraños;  
[...] estuvo [...]  
en Galicia, en Santiago...  
Sabía mucho sobre andar por el Camino,  
cierto es que sus dientes estaban separados.

Chaucer se burla de su experiencia viajera, ya que deja claro que no se alejaba tanto de casa porque fuera devoto, sino porque deseaba pasarlo bien. Otros relatos de quienes durante esos siglos se aventuraron a recorrer el Camino nos muestran que las motivaciones de los peregrinos eran muy diversas. Había sacerdotes, monjes e incluso feligreses adinerados que peregrinaban por obligación. Su obispo o superior les enviaba a recorrer el Camino como castigo por su comportamiento impío o por sus dudas sobre la existencia de Dios. El objetivo era, por un lado, redimirse mediante el duro esfuerzo que suponía recorrer esa enorme distancia y, por otro, al final del viaje, visitar las reliquias de uno de los apóstoles de Jesús. Otros se dirigían a Galicia por iniciativa propia, para evitar así que el clero autoritario y entrometido mol-

deara o condicionara sus vidas en el asfixiante mundo cotidiano de su parroquia local, donde tanto el conocimiento religioso como la autoridad residían únicamente en aquellos que estaban ordenados por la iglesia. Jonathan Sumption nos cuenta en su historia de la peregrinación medieval que «al parecer, un número sorprendentemente elevado de peregrinos abandonaba sus hogares con la única intención de negar al párroco el monopolio sobre su bienestar espiritual. Los eclesiásticos de la época les acusaban con frecuencia de querer confesarse con un sacerdote desconocido para evitar la censura moral que merecían».<sup>7</sup> Según algunos relatos, en el siglo VII empezaron a llegar a Santiago los primeros peregrinos, pero en la ciudad que lleva su nombre no se empezó a venerar a Santiago más o menos hasta el año 812. Fue entonces cuando el devoto Alfonso II de Asturias (reino que por entonces abarcaba una gran parte del norte de España) visitó la tumba del apóstol, recientemente descubierta. Conocido popularmente como Alfonso el Casto, dio su bendición real al culto que crecía en torno a ella. Poco después, la ciudad empezó a ser conocida como Santiago de Compostela.

Existen diversas teorías sobre el origen latino de la palabra «compostela». Según una de ellas, actualmente desacreditada, procede de *campus stellae* o «campo de la estrella», en referencia a una leyenda local según la cual una estrella guio a un ermitaño gallego hasta los restos de Santiago. Otra teoría es más sensata: *composita tella* significa «tierras hermosas», y sería un eufemismo con el que referirse al lugar de enterramiento del santo. También podría proceder de *compositella*, o «bien compuesta», en alusión al supuesto estado de conservación milagroso del cadáver del santo. Sin embargo, no existe consenso sobre cuál es la más probable, una falta de claridad que también puede aplicarse a una gran parte de la historia que se cuenta sobre la peregrinación misma y sobre el Camino, y que forma parte de su atractivo.

La historia preferida por las autoridades eclesiásticas es que Santiago fue enterrado en algún lugar del norte de España durante el siglo I d. C. y que allí permaneció hasta el siglo IX, cuan-

do sus restos fueron desenterrados y colocados en un sepulcro ornamentado en lo que entonces era la catedral de Santiago (sustituida por el edificio actual). Desde ese momento, empezaron a llegar peregrinos de todas partes, pues el cristianismo medieval propagó la creencia de que las reliquias eran una fuente de curaciones milagrosas y que, además, al visitarlas se acumulaban méritos para ir al cielo. Sin embargo, no fue hasta finales del siglo XI cuando la ciudad tuvo su primer obispo, una muestra de que las autoridades eclesiásticas aprobaban el desarrollo de este importante lugar de peregrinación. El segundo titular, Diego Gelmírez, fue un promotor tan entusiasta y enérgico del culto jacobeo (y del comercio asociado a los peregrinos que lo acompañaba) que pronto fue nombrado arzobispo de Santiago.

Monseñor Gelmírez también aportó otro elemento esencial que pasaría a formar parte de la historia de Santiago, su texto fundacional, *Historia Compostelana*, que se cree que fue escrita por uno de sus ayudantes a principios del siglo XII. En ella se mezcla la leyenda local con los relatos que aparecen en tres de los cuatro evangelios del Nuevo Testamento sobre Santiago el Mayor, pescador y uno de los hermanos del círculo más íntimo de Jesús (entre los doce apóstoles había otro Santiago, conocido como Santiago el Menor). Se trata del primero de los apóstoles martirizado por su fe: fue decapitado por Herodes, rey judío y títere de Roma, para complacer a sus súbditos. Sin embargo, según una tradición católica cuyo origen es claramente español y que aparece en *Historia Compostelana*, antes de que se produjera la última confrontación con Herodes, Santiago habría viajado hasta el punto más occidental de Europa para llevar la Buena Nueva a las personas que allí habitaban y para convertir a los no creyentes, como parte del proyecto que Pablo y Pedro pusieron en marcha inmediatamente tras la muerte de Jesús. Santiago murió cuando regresó a Jerusalén desde Galicia.

Como narración, se parece bastante a la historia que, también en el período medieval, atraía a los peregrinos a Glastonbury, en Inglaterra. Al igual que la anterior, carece de todo fundamento. Cuenta cómo, alrededor del año 60 d. C., otro de los discípulos

de Jesús, José de Arimatea (el que, según los Evangelios, cedió su sepulcro para que allí se depositara el cuerpo de Jesús cuando fue bajado de la Cruz), navegó hasta lo que por entonces era una isla en medio de las marismas del suroeste de Inglaterra y plantó una espina de la corona que fue colocada en la cabeza de Jesús en su crucifixión.<sup>8</sup> Esa espina germinó y dio lugar al primero de toda una serie de espinos «sagrados» que todavía hoy perduran y que inspiraron la construcción, en el siglo v, de la primera abadía en Glastonbury, con una capilla dedicada a san José de Arimatea, que iba a atraer a peregrinos de Gales e Irlanda, así como del resto de Inglaterra, por caminos que todavía son identificables.

Se cuenta que, en el caso de Glastonbury, san José de Arimatea visitó el lugar, pero, en la leyenda española, lo esencial es la tumba de Santiago, ya que su cuerpo fue traído de vuelta en barca hasta la costa de Galicia después de su muerte. Según una de las versiones, esta repatriación de sus restos fue realizada bajo el cuidado de dos ángeles, en una barca carente de timón que sobrevivió milagrosamente a varios naufragios antes de llegar a las costas del noroeste de España. Y es la misma barca fantasma la que aparece en dos de las tres explicaciones que se dan para justificar por qué la concha de vieira se convirtió en el símbolo del Camino. En una de ellas, la barca pasa cerca de la costa española cuando un caballero cae por un acantilado. En lugar de ahogarse, se salva milagrosamente gracias a que los restos del santo se hallaban cerca, por lo que emerge del agua cubierto de arriba abajo con conchas de vieira muy abundantes en esta parte de la costa gallega. En una segunda versión, se está celebrando una boda en la playa cuando, de repente, la barca aparece en el horizonte. El novio (en algunos relatos es la novia) llega a caballo, pero la presencia de la barca dirigida por ángeles asusta al animal, que se lanza al mar con el jinete atado a la silla. En este caso, también se salva gracias a la presencia cercana del cuerpo de Santiago y regresa a la ceremonia engalanado con conchas de vieira.

La historia más común sobre el origen de la concha aparece en la historia que narra cómo la barca que portaba los restos de

Santiago desde Jerusalén naufragó en alta mar. Su preciada carga sobrevivió milagrosamente y llegó intacta a la orilla, protegida por una capa de conchas de vieira. No está del todo claro ni cómo ni cuándo se convirtió la concha en el símbolo del Camino. Algunos peregrinos medievales viajaban desde Santiago hasta el mar, en el cabo de Finisterre, el punto más occidental de esa costa, a lo largo de una ruta pagana hasta lo que, como su nombre indica, era el límite del mundo conocido. Lo hacían para recordar el viaje que realizó el cuerpo del santo, en dirección contraria, desde la barca hasta la catedral de Santiago. Y para demostrar que habían realizado un esfuerzo excepcional, llevaban consigo una concha de vieira que recogían en Finisterre.

Según esta historia, la concha era, a la vez, una recompensa y un recuerdo. Los peregrinos se las llevaban a casa como símbolo de la gracia que habían obtenido al peregrinar. Se dice que algunos de ellos las guardaron hasta el día de su muerte y fueron enterrados con ellas, como una especie de ofrenda que llevar a las puertas del cielo con la que demostrar la fortaleza de su fe en vida. Posteriormente, la concha se convirtió en un símbolo de la peregrinación en general, algo que aparece citado en el poema «La peregrinación del hombre apasionado», de sir Walter Raleigh, uno de los preferidos en la corte de la reina Isabel I. Se supone que lo escribió en 1603, cerca ya de la muerte de esta, y en él comparaba el viaje que realizan los peregrinos en busca de Dios con el viaje que realizamos durante nuestra vida en busca de la recompensa eterna.

Dadme mi concha de vieira de la tranquilidad,  
mi báculo de la fe en el que apoyar mi caminar,  
mi receta del júbilo, dieta inmortal,  
mi jarra de salvación,  
mi túnica de gloria, auténtico medidor de esperanza.  
Y así emprenderé mi peregrinaje.

Un aspecto particular del Camino que atrae a los peregrinos actuales es que trasciende las fronteras nacionales. Dos de cada tres peregrinos del Camino Francés que llega a Santiago eligen como punto de inicio la localidad gallega de Sarria, bien comunicada con el resto de España y situada a tan solo 110 kilómetros de Santiago, unos cuatro días a pie. Sin embargo, uno de cada tres no inicia su viaje en territorio español, sino en la vertiente francesa de los Pirineos. Hoy en día, lo que habitualmente se conoce como el «Camino Completo», empieza a unos treinta y cinco días a pie del sepulcro de Santiago, en la pequeña localidad francesa de Saint Jean Pied de Port (San Juan Pie de Puerto), a la sombra de los Pirineos. Se encuentra a tan solo ocho kilómetros de la frontera española, que se cruza atravesando las montañas y superando 1.300 metros de desnivel, para luego descender en España y llegar al monasterio agustino de Roncesvalles, lugar que lleva ofreciendo su hospitalidad a los peregrinos desde hace más de diez siglos.

El peregrino medieval no podía recurrir a coches, trenes y aviones para tomar un atajo. En la actualidad, los peregrinos que quieren ahorrarse kilómetros y obtener igualmente la compostela, parten de Sarria o de otro lugar bastante popular, Oporto, para recorrer el Camino Portugués, en cuyo caso caminarán 260 kilómetros para llegar a Santiago en unas dos semanas (lo que se ajusta mejor a las vacaciones anuales de muchas personas). En cualquier caso, para la comadre de Bath, los cuatro puntos desde los que podía iniciar su peregrinación estaban en Francia: la capital, París, concretamente en la iglesia de Saint Jacques (Santiago), situada en la Rue de Rivoli, de la que solo queda su torre tras los ataques que sufrió el clero durante la Revolución Francesa; Vézelay, en la región vinícola de Borgoña, donde se encuentra el santuario de María Magdalena; Le Puy, situada más al sur; y Arlés, en la región de Languedoc, en el sur de Francia, la ruta preferida para los que parten desde Italia. Las tres primeras convergen en Saint Jean Pied de Port y recorren, cada una de ellas, un total de unos mil doscientos kilómetros.

El entusiasmo inicial que impulsó el desarrollo de Santiago y que atrajo a personas de lugares muy distantes era claramente español, aunque, por entonces, España, como país, todavía no existía. En cambio, el auge del culto jacobeo se produjo porque Galicia era el bastión del cristianismo en la península ibérica tras su conquista por las fuerzas islámicas, llegadas desde el norte de África en el año 711. La Reconquista, la campaña cuyo objetivo era expulsar a los gobernantes moros de la España cristiana, se prolongó hasta 1492. La lucha comenzó en el norte, donde los moros gobernaron durante un breve lapso de tiempo. Aunque el rey Alfonso II, quien ordenó la construcción de la primera catedral de Santiago, era sincero en su entusiasmo religioso por las reliquias del apóstol, también tenía las suficientes dotes políticas para darse cuenta de los beneficios que se obtendrían si se fomentaba el creciente culto a Santiago en la ciudad, creando un rival cristiano de Córdoba, el corazón del califato omeya, en el sur, que contaba entre sus tesoros religiosos con lo que se suponía que era un brazo del profeta Mahoma. Es muy posible que eso potenciara la idea de que, por una parte, el Camino era una manifestación física de la fe compartida por los diversos gobernantes cristianos del norte de Europa y, al mismo tiempo, un emblema de la lucha destinada a reinstaurar el cristianismo en todo el país. El simbolismo fue tan exitoso que la palabra «Santiago» se convirtió en el grito de guerra de las tropas cristianas cuando se enfrentaban a los moros en los campos de batalla. En las iglesias y santuarios del Camino todavía se pueden ver imágenes de Santiago en las que aparece no solo como un gentil predicador de la palabra del evangelio, sino también como «Santiago Matamoros», con sus víctimas musulmanas pisoteadas bajo los cascos de su corcel.

Sin embargo, el auge experimentado por el Camino en la Europa medieval no se debió únicamente a la campaña iniciada por España para recuperar sus territorios. También fue por los cambios políticos que se iban produciendo en el resto de los países. Las ya bien establecidas rutas de peregrinación que atrave-

saban Europa, partiendo de Inglaterra, Países Bajos y el norte de Alemania y se dirigían a los centros cristianos originales de Roma y Jerusalén, se habían vuelto mucho más peligrosas debido a la inestabilidad que vivió el continente tras la muerte, en el 814, de Carlomagno, quien había unido la mayor parte de Europa occidental y central. Estallaron conflictos militares y políticos en todo el territorio, que provocaron guerras, saqueos y devastación, y dieron lugar a la creación de ejércitos de saqueadores y bandas de soldados mercenarios. Para estos hombres, los peregrinos eran un blanco fácil al que atacar. En cambio, el Camino ofrecía una mayor seguridad, ya que su tramo francés estaba alejado del escenario bélico europeo, y el español, que en su mayor parte seguía una ruta comercial romana a través del norte de España, se hallaba dentro de la parte de la península gobernada por los cristianos.

El aumento de peregrinos medievales que buscaban una alternativa más segura que Roma o Jerusalén animó especialmente a los franceses a facilitar que las órdenes monásticas fundaran abadías, iglesias y albergues que en la actualidad siguen atendiendo a los peregrinos del Camino. Por entonces, igual que ahora, no todos los peregrinos veían con buenos ojos la perturbación que suponía verse en compañía de otros. Siempre ha habido quien prefiere buscar a Dios en soledad, igual que hicieron muchos de los primeros monjes cristianos en el siglo III, cuando se adentraban en el desierto del Sinaí para vivir como ermitaños y ascetas, renunciando a todas las comodidades mundanas. En el medievo, los devotos y penitentes que recorrían el Camino lo hacían solos, descalzos, y descansaban en los refugios más rudimentarios.

Sin embargo, una buena parte de sus contemporáneos, como si fueran turistas modernos, preferían viajar en grupo no solo para obtener protección, sino también para tener compañía. Caminaban juntos y se amontonaban en los mismos alojamientos: los más ricos se quedaban con las camas, mientras que aquellos cuyas alforjas estaban más vacías tenían que descansar sobre la

paja. Esa experiencia comunitaria era (y sigue siendo, como se puede comprobar en el Camino actual) una parte esencial de la peregrinación. En un mundo en el que cada vez nos vemos más como individuos aislados, en el que el contacto con los demás se realiza a través de medios electrónicos, el Camino ofrece un tipo de experiencia que funciona como un antídoto. Se trata de codearse con extraños a lo largo de la ruta, como habrían hecho los peregrinos medievales, compartir oraciones, dormitorios y curas para las ampollas, darte cuenta de que formas parte de algo mucho más grande que tu tierra natal. Tal como se cree que dijo el poeta y dramaturgo alemán Johann Wolfgang von Goethe, «Europa nació en la ruta de peregrinación a Santiago».

También se podría decir que la peregrinación medieval fue, en cierto modo, la precursora de los viajes organizados actuales. O, dicho de una forma más general, que el turismo actual es, en algunos aspectos, un sustitutivo de la religión. Hoy en día, las filas de turistas que se agolpan ante las galerías de arte, los museos y los monumentos históricos son una nueva versión de las procesiones de peregrinos. Los turistas creen que su capital cultural va aumentando gracias a sus visitas a los museos, mientras que, al acudir a iglesias y santuarios, los peregrinos medievales acumulaban gracia espiritual. Y, tanto los viajeros antiguos como los modernos, llevan con ellos lecturas esenciales. Las guías actuales sustituyen a los libros de rezos de los peregrinos.

Pero no nos dejemos llevar por el entusiasmo. Aunque es cierto que existen ciertos paralelismos, no hay que olvidar que el Camino de los siglos XI y XII era muy diferente a lo que experimentan los turistas y los peregrinos actuales. Por ejemplo, en aquella época no había ni carreteras asfaltadas ni tráfico y, por lo tanto, el ruido era muy escaso. Es cierto que en el trazado moderno del Camino existen lugares de la ruta en los que los senderos señalizados se encuentran lo suficientemente alejados de los residuos del siglo XXI como para que los caminantes pueden gozar de silencio y disfrutar del paisaje que están atravesando, algunos de ellos de una belleza sublime. Sin embargo, también

hay tramos que pasan por polígonos industriales, como en Ponferrada, en la provincia de León, otros que obligan a los peregrinos a atravesar modernas autopistas y otros (especialmente en las últimas etapas) en los que los peregrinos se ven zarandeados por la proximidad de veloces coches y ruidosos camiones.

Otro de los atractivos que tiene el Camino para los peregrinos actuales, ya sean aquellos que buscan la espiritualidad, los adictos a nuevas experiencias o los aficionados a la historia, son las oportunidades que les ofrece cuando el recorrido atraviesa lugares de gran interés. A su paso por Pamplona, la primera gran ciudad del Camino en su trazado español, la ruta pasa por la calle por la que corren los toros en la fiesta anual de San Fermín, en julio, inmortalizada por Ernest Hemingway en *Fiesta*, su novela de 1926. Otro lugar destacado que se halla en el extremo opuesto en cuanto a lugares de gran atracción es la aldea de O Cebreiro, donde tan solo viven unas pocas docenas de personas que se ven superadas en número por los peregrinos que pasan por allí o se alojan en su albergue de más de cien plazas. O Cebreiro se encuentra en una de las cimas de la Sierra de Ancares, entre las provincias de León y Lugo. Es la última gran ascensión que han de afrontar los peregrinos antes de alcanzar las onduladas colinas de Galicia. Su atractivo es tanto arqueológico —pues allí se conservan algunas pallozas, cabañas circulares de piedra cuyo diseño se cree que es anterior a la época romana— como religioso, pues alberga un milagroso santuario que se construyó cuando ya existía el Camino. A principios del siglo XIV, un monje cuya fe era más que endeble estaba oficiando allí una misa cuando el pan y el vino utilizados en la eucaristía para representar el cuerpo y la sangre de Cristo se convirtieron en carne y sangre. La hostia milagrosa todavía se conserva en un recipiente especial, regalo, a finales del siglo XV, de Isabel de Castilla, la reina que unificaría España. Tres veces al año, los peregrinos se pueden unir al puñado de lugareños que la llevan en procesión por las calles.

Luego están lo que podríamos llamar ramales del Camino, aunque el que utilice esa expresión en Oviedo para describir el

Camino del Salvador será rápidamente reprimido. Alfonso II trasladó la capital del reino a esta ciudad y fue allí, en la Cámara Santa de su Catedral de San Salvador, donde guardó su colección de reliquias religiosas. Eso bastó para que, en la Edad Media, se convirtiese en lugar de peregrinación por derecho propio. Según un dicho famoso del lugar, «Quien va a Santiago y no al Salvador honra al criado y no al señor». El punto de inicio del Camino del Salvador es la ciudad catedralicia de León, y con sus 121 kilómetros se ha ganado la fama de ser el más recóndito de las rutas jacobitas. Cruza la cordillera Cantábrica y termina en Oviedo, donde, tras visitar la catedral y sus reliquias, los peregrinos pueden unirse a otra de las rutas principales que llegan a Santiago, el Camino Primitivo.

El Camino de Santiago se ha convertido en la ruta patrimonial por excelencia. Muchos de sus elementos son históricos y autorreferenciales, como la Cruz de Ferro, una emblemática cruz de hierro que se encuentra en la ruta entre las localidades de Foncebadón y Manjarín, a poco más de doscientos kilómetros de Santiago. En lo alto de un poste de madera, el último de una larga serie de postes de madera que hubo en ese lugar desde el siglo XI (aunque hay quien cree que su origen fue un monumento celta precristiano), hay una gran cruz de hierro. Se trata de una réplica de una cruz original que se conserva en el Museo del Camino de Astorga. Según la tradición, los peregrinos han de traer una piedra de su lugar de origen (o cogen una en el Camino) y la han de tirar en el montón que rodea la cruz. De esa forma, se deshacen de problemas y males pasados y se abren al cambio.

Los caminantes no solo disfrutaban de la belleza natural del paisaje que atraviesan, sino también de lugares plagados de auténticas maravillas arquitectónicas, como Burgos, con su suntuoso monasterio de Las Huelgas, o la propia León, donde, junto a su catedral gótica, lo que tiempo atrás fue un albergue de peregrinos ahora es un hotel de cinco estrellas. El trazado que sigue el Camino de Santiago también atraviesa lugares de interés que no

están relacionados con la peregrinación. Aquellos que recorren el Camino del Norte, alejado de la ruta principal del Camino y que transcurre por la costa del País Vasco y Cantabria, encontrarán en la ciudad de Comillas una inesperada muestra del modernismo catalán de principios del siglo xx. Se trata de una villa de ensueño conocida como El Capricho, diseñada por el devoto arquitecto Antoni Gaudí, creador de la basílica de la Sagrada Familia, que se encuentra en Barcelona.

Toda peregrinación tiene su destino final, de la misma forma que cada ascensión acaba en la cima de la montaña, y aunque el punto final del Camino no posee la resonancia histórica de Roma, Jerusalén o La Meca, Santiago de Compostela es capaz de parar en seco a los caminantes que se acercan por primera vez a pie desde el este, con el casco antiguo elevándose por encima de la anodina arquitectura moderna de sus suburbios. En un día despejado, las torres gemelas de la catedral pueden verse desde el Monte do Gozo, a cinco kilómetros de distancia. Sus campanas originales, que repicaban para animar a los peregrinos en esta última escala antes de hacer un último esfuerzo que les llevase al final del viaje, fueron incautadas en el año 997 por el ejército del califato musulmán de Córdoba cuando este tomó Santiago y destruyó el templo original de Alfonso. Milagrosamente, el santuario de Santiago no sufrió daño alguno (quizá debido a la presencia de muchos vasallos cristianos en sus filas). Tuvieron que pasar doscientos años para que el ejército cristiano recuperara las campanas de la Mezquita Aljama de Córdoba, donde estaban siendo utilizadas como lámparas de aceite. Fueron devueltas a Santiago y a la catedral del siglo xi, que para entonces ya había resurgido de sus cenizas.

Cuando el peregrino se halla en pleno corazón de las torcidas calles del centro de Santiago de Compostela, todos los caminos le conducirán a la catedral, uno de los edificios románicos más grandes de toda Europa. Tiene cuatro fachadas, pero casi todas las

calles dan a la enorme y armoniosa plaza del Obradoiro, dominada por la fachada occidental de la catedral. La novelista británica Rachel Billington plasmó en el diario de su peregrinación, realizada en 1989, el impacto duradero que le causó ver por primera vez el destino final de los peregrinos. «El sol, rojizo ahora, está en el ángulo exacto para poder entrar por la esquina de la plaza y hacer que la deteriorada fachada barroca brille tenuemente. El verde brota de sus orificios y sus protuberancias son como el vello facial de una persona mayor. El espacio es muy abierto, no hay mesas, solo la gran fachada de la catedral, el palacio Episcopal y el albergue de los Reyes Católicos.»<sup>9</sup> Desde entonces, no solo se han reparado todas las cicatrices de la fachada, sino que se ha mejorado el estado de toda la urbe, aunque algunos veteranos del lugar se han quejado de que, en los últimos años, la creciente popularidad del Camino ha «carnavalizado» la ciudad. Se anima a que los peregrinos hagan coincidir su llegada con los días festivos asociados a Santiago. Es algo común en este tipo de rutas: dado que para el cristianismo son muy importantes las épocas de Adviento y Cuaresma, la peregrinación sirve como preparación penitencial de las Navidades y Pascua.

El Camino tiene sus propias temporadas altas y bajas: la época preferida para recorrerlo es de abril a octubre, pero eso lo dicta el tiempo meteorológico, no el calendario religioso. También existe un «Camino de Invierno» que se desvía del principal para evitar la subida y las nieves de O Cebreiro, que en esa época queda para los intrépidos o los que están convencidos de tener a Dios de su parte.

La festividad de Santiago Apóstol se celebra el 25 de julio. En la víspera, miles de peregrinos se reúnen en torno a la catedral para realizar un ritual en el que colocan sus dedos en las huellas dejadas por los visitantes durante siglos en la columna central de la puerta principal —tallada con gran esmero— de la fachada occidental, el conocido como Pórtico de la Gloria, que data de 1188. Allí todavía pueden vislumbrarse rastros de los colores que unos conservadores demasiado impacientes han

ido añadiendo a lo largo de los años a las vestimentas de los santos que aparecen retratados. Luego entran en el majestuoso interior y suben por una escalera situada detrás del altar mayor, desde donde pueden abrazar la estatua de Santiago, que domina la catedral, envuelta en plata y oro e incrustaciones de joyas. La escena tiene algo de pagano. El Viernes Santo, los cristianos hacen cola en sus iglesias para besar los pies de la representación de Jesús en la cruz, pero aquí, el hijo de Dios queda en un segundo plano y toda la atención se la lleva uno de sus seguidores.

La catedral, al igual que ocurre con la iglesia madre del catolicismo, San Pedro en Roma, se construyó sobre lo que se considera la tumba de un apóstol. Lo siguiente que hacen los peregrinos es bajar a la cripta para presentar sus respetos y contemplar la tumba de Santiago, el único elemento que queda de la iglesia original. Y luego está esa parte característica de la liturgia que se celebra en la catedral de Santiago que tiene algo teatral o casi circense. El mayor incensario del mundo, conocido como botafumeiro, es balanceado hacia delante y hacia atrás sobre el altar por un grupo de seis hombres que manejan un elaborado mecanismo de cuerdas y poleas.

Se dice que, en 1499, cuando se dirigía a Inglaterra, Catalina de Aragón asistió a la misa que se celebraba en la catedral de Santiago. El botafumeiro se soltó en pleno vuelo y se estrelló contra una ventana. Visto en retrospectiva, ese hecho podría haber sido considerado como una advertencia para anular su viaje y regresar a casa. Su primer matrimonio con un príncipe inglés acabó con la muerte de este; el segundo, con el hermano menor de su difunto marido, Enrique VIII, acabó en un divorcio que originó una reforma.

Sin embargo, a algunos peregrinos actuales, la experiencia de estar allí, el hecho de encontrarse en el punto final del viaje después de seguir las huellas de millones de peregrinos que realizaron durante los siglos anteriores el mismo trayecto, les ha impulsado a convertirse al catolicismo o les ha devuelto la fe si la

habían perdido. Para otros, la sanación se ha producido de una forma diferente. Después de tomarse un largo tiempo para recorrer el Camino, ahora pueden regresar al mundo cotidiano con fuerzas renovadas gracias a todos los recuerdos y experiencias acumuladas y a la concha de vicira que llevan consigo.